

## INTENCIONALIDAD Y RACIONALIDAD: EMOCIONES COMO VALORACIONES CORPOREIZADAS

*INTENTIONALITY AND RATIONALITY: EMOTIONS AS EMBODIED APPRAISALS*

**Rubén Reyes Moreno\***

Facultad de Estudios Superiores (FES - Acatlán), Universidad Nacional Autónoma de México - México.

*Recibido julio de 2016/Received July, 2016  
Aceptado agosto de 2017/Accepted August, 2017*

### RESUMEN

Según las teorías evaluativas, las emociones involucran intencionalidad —juicios o evaluaciones— y, por lo tanto, racionalidad. Las teorías fisiológicas, por su parte, sostienen que las emociones se definen, esencialmente, por patrones de cambios fisiológicos y su percepción. A estas teorías se les plantean sendos problemas: (1) cómo pueden ser intencionales o representacionales los meros cambios fisiológicos. Y (2) cómo puede hacerse una evaluación de la racionalidad de los cambios fisiológicos. La propuesta de las valoraciones corporeizadas (Prinz, 2003a, 2003b, 2004) ofrece respuestas a tales planteamientos desde un enfoque fisiológico. Los detalles e implicaciones de esta propuesta se exponen y discuten en este estudio.

**Palabras Clave:** Emociones, intencionalidad, racionalidad, valoraciones corporeizadas, teorías fisiológicas de las emociones.

### ABSTRACT

*According to the evaluative theories, emotions involve intentionality —judgments and evaluations— and, therefore, rationality. Physiological theories, on the other hand, argue that emotions must be defined in terms of patterns of physiological changes and their perception. These theories must resolve two problems: (1) how can be intentional or representational mere physiological changes. And (2) how can be made an assessment of rationality out of physiological changes. The approach of the embodied appraisals (Prinz, 2003a, 2003b, 2004) provides answers to such problems from a physiological perspective. The details and implications of this approach are exposed and discussed in this paper.*

**Key Words:** Emotions, intentionality, rationality, embodied appraisals, physiological theories of emotion.

Según las teorías evaluativas de las emociones, éstas involucran juicios y evaluaciones, estos, son intencionales y, por lo tanto, son racionales. Las teorías fisiológicas de las emociones, *grosso modo*, sostienen que éstas no son más que patrones de cambios fisiológicos y la percepción de los mismos. Si las intuiciones que respaldan a las teorías evaluativas son correctas —si son intencionales las emociones—, se suscita la cuestión

de cómo encajan la intencionalidad y la racionalidad en las teorías fisiológicas. ¿Cómo pueden las emociones, siendo sólo percepciones de cambios fisiológicos, ser intencionales? ¿Cómo pueden la aceleración del ritmo cardíaco y la contracción del tracto intestinal ser sobre algo? Más aún, ¿cómo podría decirse que es racional o no un conjunto de perturbaciones fisiológicas? ¿Cómo podría ser racional o irracional que se tensen los músculos

\* Autor correspondiente / Corresponding author: ruben-reyes@comunidad.unam.mx

y que corra más sangre hacia las extremidades? Jesse Prinz (2004, 2003a, 2003b) le ha concedido el punto a las teorías evolutivas en relación a la supuesta intencionalidad de las emociones, y ha desarrollado una nueva versión de teoría fisiológica, la *teoría de las valoraciones corporeizadas*, con la cual intenta responder al reto que le plantean la intencionalidad y la racionalidad a los enfoques fisiológicos. En este escrito expondremos los detalles de dicha teoría y la forma en la que enfrenta el reto mencionado, se le formularán algunas observaciones y, finalmente, se discutirán algunos de sus méritos e implicaciones. Pero, para comenzar, es necesario decir algo sobre la intencionalidad y la racionalidad, y la forma en que, según las teorías evaluativas, las emociones las implican.

### 1. Intencionalidad y Racionalidad.

El término intencionalidad tiene sus orígenes en la filosofía medieval. Algunos filósofos de la época usaban el término *intentio* para referirse al concepto, y el de *esse intentionale* para la forma en que las cosas son representadas en la mente (Crane, 2008, p. 64). El término *inexistencia intencional* fue introducido por Franz Brentano en siglo XIX para referirse a la idea de que el objeto de un pensamiento existe en el mismo acto de pensar. Husserl, alumno de Brentano, reelabora el concepto de intencionalidad y funda sobre éste toda una filosofía: la fenomenología.

La *intencionalidad*, como aquí se entiende, es un rasgo de ciertos estados mentales que consiste en su *ser sobre algo* o *dirigirse hacia algo*. Aquello sobre lo que es o a lo que se dirige un estado mental intencional se conoce como su *objeto intencional*. Por ejemplo, la creencia de que el Sol es caliente es intencional porque *es sobre* el Sol y cierta característica térmica que se le atribuye. El objeto intencional de dicha creencia es ‘el Sol es caliente’. Si bien es cierto que la intencionalidad es una característica que puede identificarse fácilmente en muchos estados mentales (creencias, juicios, deseos, recuerdos, etc.), no es tan evidente en otros (sensaciones, estados de ánimo, experiencias estéticas, etc.).<sup>1</sup>

No discutiremos aquí la máxima de Brentano, según la cual el rasgo distintivo de lo mental, en general, es la intencionalidad. Por el momento, es suficiente especificar qué se entiende por intencionalidad y dejar claro que, al menos, algunos estados mentales la exhiben.

La *racionalidad* se puede entender, al menos, en dos sentidos relacionados (Mele & Rawling, 2004, pp. 3-4). En primer lugar está la *racionalidad teórica*, la cual tiene que ver con las normas epistémicas adecuadas para suscribir creencias. En este sentido, una persona es racional al creer que *P*, si las normas epistémicas que sigue son adecuadas para justificar su creencia en *P*. En segundo lugar está la *racionalidad práctica*, que trata, por un lado, (1) de lo que es racional hacer o intentar hacer o desear hacer y, por otro, (2) de la articulación coherente de las creencias, deseos, intenciones y acciones. El abordaje de (1) es sumamente complejo y, al margen de que existan normas epistémicas generales para guiar la conducta, parece necesario tomar en consideración la situación particular del agente para estimar la racionalidad de lo que haga, intente o desee. Obviando entonces la complicada cuestión de qué se considere racional hacer, intentar o desear, se puede decir —en términos de (2)— que una persona es racional si sus acciones son coherentes con lo que cree y desea. Por ejemplo, si Juan se levanta del sillón, se dirige al refrigerador y toma una cerveza, se considerará que actúa racionalmente si lo hace porque desea una cerveza y, además, tenía la creencia justificada de que había cervezas en el refrigerador. No se diría de la conducta de Juan que es racional si, de hecho, detesta la cerveza o no creyera en absoluto que hay cerveza en el refrigerador, o si creyera que no tiene refrigerador.

Tanto la racionalidad teórica como la práctica comparten, aparentemente, un par de atributos: *ser normativas* y *estar bajo nuestro control voluntario*. Nos inclinamos a pensar que nuestras creencias son algo sobre lo que tenemos control: decidimos suscribir ciertas creencias, o no hacerlo, y lo hacemos basándonos en ciertas normas epistémicas. También decimos que está bajo nuestro control *evaluar* la racionalidad de nuestras acciones o deseos, y la coherencia entre éstos y nuestras creencias e intenciones. Y esto también lo hacemos con la guía de normas epistémicas de estimación. Básicamente, el éxito o fracaso de nuestros planes a largo plazo, o el de objetivos cotidianos, depende de que *deliberemos*, basándonos en normas epistémicas, sobre la racionalidad de nuestras acciones y sobre la forma en la que se articulan, para llegar a un fin específico, con nuestros deseos y creencias.

## 2. Teorías Evaluativas: Intencionalidad y Racionalidad de las Emociones.

Las teorías evaluativas o cognitivas de las emociones, de las cuales hay versiones tanto filosóficas como psicológicas, vinculan a las emociones con la intencionalidad y la racionalidad<sup>2</sup>. La idea general detrás de estas teorías es que las emociones son o involucran constitutivamente, evaluaciones, juicios o creencias de cierto tipo: es decir, que las emociones implican *intencionalidad* y, por lo tanto, que tienen *objetos intencionales*. El enojo, el miedo, la culpa, los celos, etc., son sobre algo. Tienen un objeto al cual se dirigen. Si Juan se enoja porque Pedro lo ofendió, su enojo es sobre o se dirige hacia Pedro por el insulto que le profirió. La emoción de Juan debe involucrar algún tipo de evaluación, un juicio o creencia de que Pedro lo insultó. Que la emoción involucra algún tipo de evaluación, se suele argumentar, queda claro por el hecho de que, si sustrajésemos el juicio mencionado, Juan no estaría enojado. Esta observación, a su vez, abre la puerta a la racionalidad de las emociones. Si las emociones están de tal forma asociadas con evaluaciones o juicios, un cambio en las últimas debe afectar a las emociones. Dichos cambios también deben incidir en los deseos y conductas típicos que acompañan a las emociones. Para seguir con el mismo ejemplo, el enojo de Juan, además del juicio de que ha sido menospreciado por Pedro, incluirá su deseo de vengarse de él<sup>3</sup>. De nuevo, si Juan, por alguna razón, deja de juzgar que Pedro lo ha menospreciado, su enojo, junto con el deseo de venganza y las conductas características desaparecerán. No diríamos de Juan que es racional si está enojado con Pedro y desea vengarse de él, cuando juzga que Pedro nunca lo ha menospreciado. Esto significa que las emociones son normativas y están bajo nuestro control: que son susceptibles de evaluación racional. Son normativas porque las creencias y, con ellas, los deseos y conductas que involucran, son evaluables en términos de normas de racionalidad epistémica, y tales evaluaciones son algo que está en nuestra potestad realizar o no<sup>4</sup>.

## 3. ¿Deben y pueden las Teorías Fisiológicas explicar la Intencionalidad y Racionalidad de las emociones?

Las teorías fisiológicas<sup>5</sup>, a diferencia de las teorías evaluativas, ponen el énfasis, como lo

indica su nombre, en el aspecto fisiológico de las emociones. Para este tipo de teorías una emoción es, esencialmente, un conjunto de cambios neurofisiológico que tienen como *causa* la percepción de un evento relevante para el individuo. La *función* de dichos cambios es preparar conductas que favorezcan un desempeño satisfactorio ante los eventos relevantes<sup>6</sup>.

En las teorías evaluativas la intencionalidad y la racionalidad están garantizadas por el componente evaluativo y los deseos que, según este enfoque, implican las emociones. Pero, en las teorías fisiológicas, no es en absoluto claro cómo encajan estos dos elementos. ¿En qué sentido es *intencional* un patrón de cambios fisiológicos y su percepción? ¿Sobre qué es o cuál es el objeto intencional de tales perturbaciones fisiológicas? ¿Cómo podrían evaluarse *racionalmente* el aumento del ritmo cardíaco y la contracción intestinal? Y, si eso es posible, ¿cómo podría tal evaluación estar bajo nuestro control?

En primer lugar, podría cuestionarse la validez del reto que plantean la intencionalidad y la racionalidad a una teoría fisiológica de las emociones. Esto es, ¿*deben* las teorías fisiológicas dar cuenta de la intencionalidad y racionalidad de las emociones? Después de todo, podría alegarse que las emociones no implican ninguna de las dos. ¿No estarán incurriendo en una omisión importante los defensores de las teorías fisiológicas al ignorar esta posibilidad? El problema con esta posibilidad es que niega dos aspectos que *parecen* constitutivos o, al menos, íntimamente ligados a las emociones. ¿Qué implica negar que las emociones sean intencionales? Bueno, en términos del sentido común, significa que el amor no se dirige a ninguna persona u objeto, no se dirige a nada en realidad; que la tristeza no tiene a una pérdida como su objeto, que no es sobre nada; que la alegría no apunta a alguna situación relacionada con nuestro bienestar o, al menos, a algo que consideremos placentero: no se dirige a nada, de hecho. Aun si se niega la realidad de la intencionalidad o se la considera una noción oscura y problemática<sup>7</sup>, parece haber algún aspecto representacional en las emociones que las asocia, de alguna manera, con situaciones u objetos del mundo. Este carácter representacional mínimo de las emociones, demanda una explicación.

Por otra parte, ¿qué puede significar que las emociones no sean racionales? Puede significar

o que no están sujetas a *normatividad* alguna o que *no están bajo nuestro control*. Pero no es en absoluto claro que las emociones no impliquen ninguno de estos aspectos<sup>8</sup>. Como una cuestión de hecho, gran parte de la discusión en torno a las emociones, desde la antigüedad hasta nuestros días, gira en torno a esta cuestión. Ya sea que las considere racionales o no, toda teoría sería de las emociones ha de tener una postura al respecto: no es correcto simplemente negar que las emociones sean racionales. Estas consideraciones explican el hecho de que incluso a los más recalcitrantes acólitos de las teorías fisiológicas de las emociones les *parezca* ineludible el reto que plantean la intencionalidad —o carácter representacional— y la racionalidad a sus propuestas teóricas.

En general, todo estudioso de las emociones ha concedido que éstas exhiben cierto carácter *representacional* y *perspicacia*. En este sentido, autores como Damasio (2005, 2006), Griffiths (1997) y Prinz (2003a, 2003b, 2004) han propuesto nuevas versiones o interpretaciones de la teoría fisiológica de las emociones, con las que pretenden ofrecer explicaciones satisfactorias tanto del carácter *intencional/representacional* de las emociones, como de su aparente *racionalidad/perspicacia*. Por cuestiones de espacio resulta inviable exponer y analizar los detalles y méritos de cada una de las teorías. En lugar de eso, se presentará y analizará la propuesta que, en mi opinión, enfrenta de forma más directa los problemas planteados y compendia de forma más fiel los compromisos de una teoría fisiológica de las emociones; a saber, la de Jesse Prinz. Espero que, hacia el final de este trabajo, se cuente con un panorama claro de la oferta de Prinz, así como de sus méritos e implicaciones para nuestra imagen de las emociones y la *supuesta* intencionalidad y racionalidad que involucran.

#### 4. Las emociones como Valoraciones Corporeizadas: La propuesta de Prinz.

Prinz caracteriza la activación y rasgos esenciales de una emoción de la siguiente forma:

1. Ocurre un evento emocionalmente relevante.
2. Ese evento es percibido por la mente.
3. La percepción del evento dispara una constelación de cambios corporales (fisiológicos).

4. La percepción corporal es causada *directamente* por los cambios corporales, e *indirectamente* por el evento emocionalmente relevante.

5. La percepción corporal porta información sobre el evento emocionalmente relevante a través de los cambios corporales (Prinz, 2004, p. 69).

##### 4.1. Teoría covariacional: contenido y emociones

Para dar cuenta de la intencionalidad de las emociones, Prinz comienza por ofrecer una caracterización de la teoría covariacional de la representación<sup>9</sup>. Según esta teoría, un estado mental obtiene su contenido intencional en virtud de (1) que es fiablemente causado por algo, y (2) existe (evolucionó o se adquirió), precisamente, para detectar ese *algo*. Un requisito adicional, derivado de (1), consiste en que (3) sea posible el error: esto es, que algunas veces el estado mental *no* sea causado por aquello que fiablemente lo causa. Por ejemplo, mi concepto de GATO tiene el contenido intencional que tiene —es sobre lo que es: gatos— en virtud de que las ejemplarizaciones o instanciaciones de dicho concepto en mi pensamiento han sido causadas fiablemente, bajo ciertas condiciones, por la presencia de *gatos*. Además, existe, precisamente, para eso: el concepto se adquirió para identificar gatos. Finalmente, también es posible que el concepto se active de forma errónea (3): por ejemplo, el concepto se puede activar una noche oscura al percibir un mapache. Así, se piensa que algunos estados mentales adquieren su contenido en virtud de alguna relación causal con el entorno (Prinz, 2004, p. 54).

Prinz, en esta línea, sostiene que los cambios corporales que percibimos (emociones) *representan* algo, en el sentido estipulado por la teoría covariacional. La idea es que las emociones son *fiablemente causadas* por la presencia de ciertas propiedades<sup>10</sup> presentes en situaciones recurrentes (eventos emocionalmente relevantes). Además, también parecen existir para detectar, precisamente, dichas propiedades. Finalmente, pueden hacerlo de forma errónea. Considérese el miedo. Lo experimentamos al percibir un determinado patrón de cambios corporales. Un *patrón* de cambios fisiológicos de este tipo es activado cuando, por ejemplo, el sistema auditivo detecta un ruido fuerte y repentino o cuando el sistema visual detecta un objeto largo y enroscado en una esquina, etc. Los cambios fisiológicos *representan* peligro porque son causados fiablemente por instancias

que exhiben la propiedad ‘peligro’. El peligro es la propiedad en virtud de la cual dichas condiciones de activación (el ruido súbito y fuerte, y un objeto largo y enroscado) provocan la perturbación de nuestros cuerpos. Además, es razonable pensar que la perturbación fisiológica característica del miedo, en tanto que representación de peligro, existe precisamente para eso; para representar peligro. Finalmente, es posible que se active de forma errónea o que no se active: por ejemplo, puede activarse al percibir un cable enroscado en una esquina, o no activarse ante una situación que implica peligro real, como estar en un lugar con niveles de radiación muy elevados (pp. 52-60).

Para Prinz, entonces, las emociones son intencionales, no porque impliquen evaluaciones o juicios en el formato intencional tradicional. Lo son porque involucran *valoraciones corporeizadas*: ciertos estados del cuerpo representan o son sobre propiedades del entorno.

#### **4.2. Especificaciones en torno a la intencionalidad de las emociones en tanto que valoraciones corporeizadas**

¿Qué tipo de intencionalidad tienen las emociones entendidas como valoraciones corporeizadas? Bueno, se trata de una forma de intencionalidad más bien general: el objeto intencional de las emociones es una propiedad abstracta de la situación, a la cual nos referiremos como su *objeto formal*. Por ejemplo, en la experiencia de miedo que nos embarga al estar al borde de un precipicio, los cambios fisiológicos no representan la situación particular: ‘estar al borde de un precipicio’. Representan sólo una propiedad general de dicha situación; a saber, su *peligrosidad*, la cual podemos entender aquí como el *objeto formal* —intencional— de la emoción. Prinz considera que se trata de una confusión común de las teorías evaluativas decir que la situación particular es el objeto intencional de la emoción, aquello que representa, pero no es así. ‘Estar al borde de un precipicio’ *incluye* la propiedad que *causa* y que *representan* los cambios fisiológicos característicos de la emoción del miedo —*peligro*—, pero la situación misma no es representada por el cuerpo. La situación de ‘estar al borde del precipicio’ puede ser representada perceptualmente o por medio de una evaluación o juicio y, en ese sentido, puede iniciar una emoción, pero no se representa por medio de un estado fisiológico (pp. 60-63).

Esto implica que cada emoción representa una propiedad abstracta u *objeto formal*, recurrente en distintas situaciones. Así, en todas las situaciones que activan el miedo, hay una propiedad común que se detecta, correcta o incorrectamente; a saber, el *peligro*. Y lo mismo sucede con la tristeza, el enojo y la alegría, cuyos objetos formales son, la *pérdida*, la *ofensa* y la *obtención de placer* (Prinz, 2010, p. 24). Para identificar el objeto formal de otras emociones, como la vergüenza, el orgullo, los celos, etc., basta con analizar las situaciones en las que se activan e identificar el factor general común u *objeto formal*, entonces sabremos qué es lo que en realidad representan esas emociones por medio de los cambios fisiológicos que las distinguen.

#### **4.3. Todas las emociones son intencionales: activadores y calibración.**

Prinz (2003a, 2003b, 2004, 2010) considera que todas las emociones son *valoraciones corporeizadas*. Esto es, cada emoción se define en términos de la percepción de un patrón de cambios fisiológicos que, a su vez, *representa* o tiene como su objeto intencional una propiedad general (objeto formal) instanciada por una situación (objeto particular). La teoría de la intencionalidad de las emociones de Prinz, por lo tanto, no propone una subdivisión del fenómeno afectivo: no justifica la distinción entre emociones básicas y emociones cognitivas superiores (Griffiths, 1997); o entre emociones primarias y secundarias (Damasio, 2006). ¿Cómo, entonces, explica el hecho de que algunas emociones parezcan ser reacciones compulsivas y otras parezcan ser el resultado de discriminaciones y valoraciones altamente cognitivas? De hecho, instancias particulares de un mismo tipo emocional, exhiben esta diferencia. Considérese el miedo que resulta de ver una serpiente y el que resulta de ver los resultados electorales. ¿Por qué tendríamos que seguir hablando de un solo tipo de fenómeno afectivo dadas estas diferencias?

Según Prinz, la causa de la aparente disparidad tiene que ver, más que con la naturaleza de las emociones mismas, con el tipo de *mecanismo representacional* que las activa: puede ser (a) una percepción, (b) una asociación adquirida entre un rasgo del entorno y una experiencia afectiva agradable o desagradable, o (c) un juicio o evaluación articulada en términos proposicionales/conceptuales (Prinz, 2004, pp.74-77). Para entender cómo estas distinciones entre mecanismos representacionales

explican la aparente diferencia entre fenómenos emocionales, es necesario explicitar algunos detalles adicionales de la arquitectura psicológica que Prinz le atribuye a las emociones.

Prinz considera que nacemos con una especie de carpeta mental (para cada emoción) que contiene los rasgos distintivos del entorno que, al ser percibidos, activan la respuesta emocional. Así, para la emoción del miedo, rasgos como ‘tener la apariencia de un objeto largo y enroscado’, ‘oscuridad’, ‘pérdida súbita de la estabilidad’ o ‘una gran altura’, serían algunos de los elementos archivados (de fábrica o de forma innata) en la carpeta de los *activadores* del miedo que, al ser detectados en el entorno por nuestro sistema perceptual, desencadenarían la emoción. Los miedos compulsivos, como el que se desencadena y experimenta al ver una serpiente, tienen como activadores rasgos que se encuentran de forma innata en la carpeta ‘activadores de miedo’, y que son *percibidos* en el entorno. Aquí, el mecanismo representacional que causa la emoción —el cambio fisiológico percibido— es (a) una percepción. Ahora bien, las carpetas de activadores de cada emoción pueden *calibrarse*: agregar nuevos activadores y eliminar otros. Una forma de agregar elementos a una carpeta de activadores emocionales, es mediante la asociación de un rasgo del entorno con una experiencia afectiva agradable o desagradable. Por ejemplo, el miedo a las habitaciones pintadas de color amarillo se pudo haber adquirido después de haber pasado, durante la infancia, penosos días de enfermedad y agonía en una habitación amarilla. En este caso, el activador también es percibido, pero no se trata de un rasgo incluido de nacimiento en la carpeta, se ha agregado mediante (b) una asociación entre dicho rasgo y una experiencia afectiva desagradable<sup>11</sup>. Finalmente, con la adquisición del lenguaje, es posible conceptualizar el objeto formal que ejemplifican los *activadores* de cada emoción. Esto hace posible que, al considerar situaciones en términos (abstractos) de juicios y creencias —como la de que ‘ganará las elecciones un candidato con tendencias fascistas’— se extraigan algunas implicaciones a las cuales podríamos juzgar como exhibiendo el objeto formal de la emoción del miedo: *peligro*. En estos casos, el mecanismo representacional por medio del cual se agrega un elemento a la carpeta de activadores de miedo, y que desencadena la emoción es (c) un juicio o evaluación (pp. 99-102, 147-150)<sup>12</sup>.

Dispuestas así las nociones, podemos ver por qué Prinz considera que hay que mantener a todas las emociones unidas. No existe ninguna diferencia entre el miedo a la serpiente, a las habitaciones amarillas y a que gane las elecciones un candidato fascista. En tanto que miedos, los tres implicarían, aproximadamente, el mismo patrón de cambios fisiológicos, el cual *representaría* el mismo objeto formal (*peligro*), detectado, mediante diferentes mecanismos de representación, en diferentes situaciones. Los tres casos de miedo difieren en un aspecto extrínseco: a saber, distintos mecanismos representacionales los desencadenan. En conclusión, todas las emociones configuran un mismo tipo de fenómeno. Todas son intencionales en tanto que son *valoraciones corporeizadas*: cada tipo de emoción se distingue por un patrón específico de cambios fisiológicos en virtud del cual representan o son sobre un objeto formal-intencional.

#### **4.4. Racionalidad de las emociones en tanto que valoraciones corporeizadas.**

¿Las emociones pueden ser racionales en tanto que valoraciones corporeizadas? Prinz reconoce que las emociones están sujetas a cierta *normatividad*. Las emociones *deben* activarse a partir de la cadena causal-representacional adecuada. *Deben* aparecer *cuando y porque* se percibe un objeto o situación que incluye el objeto formal que representa la emoción. Pero, como hemos visto, la racionalidad demanda, además de normatividad, *responsabilidad*. Es necesario que esté bajo nuestro control la evaluación normativa a partir de la cual se identifica, correcta o incorrectamente, el objeto formal que causa una emoción (pp. 236-238).

A partir de estas observaciones se pueden formular dos requisitos que sancionen la racionalidad de las emociones en tanto que valoraciones corporeizadas.

#### **Requisitos de Racionalidad de las Emociones (RRE).**

**Requisito de normatividad (Rn).** Una emoción será racional siempre y cuando se active como resultado de percibir una situación que exhiba el *objeto formal* por el cual existe y está diseñada para representar por medio de cambios fisiológicos.

**Requisito de control (Rc).** La condición anterior debe satisfacerse porque fue precedida por una *deliberación* sobre la situación, a partir de la cual se determinó que estaba presente el objeto formal<sup>13</sup>.

Básicamente, RRE estipula que, para que una emoción sea racional, no es suficiente con que se active a causa de una situación que, en efecto, incluye el objeto formal de la emoción. Además, debe haber dependido de nosotros, en alguna medida, juzgar y detectar el objeto formal en la situación.

(*Rn*) se puede violar de dos formas, en cuyos casos podríamos hablar de instancias de emociones irracionales. En el primer caso, se viola cuando el mecanismo representacional se equivoca al detectar el objeto formal que debe representar la emoción. En el segundo caso, cuando el sistema de calibración que agrega nuevos elementos a la carpeta de activadores de una emoción, suma elementos que no son coherentes con el objeto formal que, por diseño, debe representar la emoción. De lo anterior se sigue que cualquier emoción que falte a (*Rn*), en cualquiera de las dos formas, debe considerarse irracional. Un ejemplo del primer caso es el del miedo a las habitaciones amarillas. Nada en el hecho de que una habitación sea amarilla implica *peligro*. Ahora bien, si el objeto formal del orgullo es el *logro personal*, entonces alguien que se siente orgulloso de su belleza experimenta una emoción irracional o injustificada, ya que la belleza, más que un logro, es un accidente genético en el cual no hemos tenido nada que ver. Este caso representa una violación de (*Rn*) del segundo tipo porque, por medio de la calibración de la carpeta de activadores de orgullo, se ha agregado un elemento que no es coherente con el objeto formal o propiedad general que deben exhibir los activadores del orgullo: a saber, los *logros*.

(*Rc*) se violenta cuando no tiene lugar el proceso de *deliberación* por medio del cual se detecta la presencia del objeto formal de una emoción en una situación. Por ejemplo, el miedo irreflexivo y compulsivo que sobreviene a la percepción de un ruido fuerte detrás de nosotros, podría satisfacer (*Rn*), pero de ningún modo (*Rc*), por lo que no contaría como una emoción racional.

¿Qué tipo de emociones satisfacen RRE? Bueno, básicamente todas las emociones, en tanto que valoraciones corporeizadas, *pueden* satisfacer (*Rn*). Pero no todas pueden solventar (*Rc*). Las emociones que se activan compulsivamente no son susceptibles de estimación racional porque no pueden solventar (*Rc*). En esta situación están todas las emociones que resultan de la percepción de activadores que de forma innata estaban

almacenados en las carpetas emocionales. También las emociones que resultan de asociaciones adquiridas en las que no tuvo lugar una deliberación<sup>14</sup>. Por otro lado, las emociones que son causadas por juicios o evaluaciones, o asociaciones adquiridas en las que intervino la deliberación, sí son sensibles a estimación racional. Los juicios y las asociaciones que se establecen de forma deliberada, satisfacen (*Rc*), porque están bajo nuestro control juzgar o evaluar si una situación u objeto incluye el objeto formal. Por ejemplo, si Juan se enoja con Pedro porque éste ocupó su lugar de estacionamiento, el juicio que causa el enojo es susceptible de ser tasado racionalmente y está bajo control de Juan hacerlo. Si Juan teme ponerse sus zapatos por la mañana, después de leer que los zapatos son refugios comunes de escorpiones, está llevando a cabo un razonamiento asociativo del cual tiene control<sup>15</sup>. De las emociones que puedan describirse en estos términos es posible realizar estimaciones de su racionalidad.

## 5. Observaciones a la Teoría de las Valoraciones Corporeizadas.

### 1. No hay suficientes patrones de cambios fisiológicos

Una primera objeción preguntaría si hay evidencia de patrones de cambios fisiológicos para todas y cada una de las emociones. La evidencia empírica sólo parece alcanzar para establecer que así es para el caso de las emociones básicas (Levenson, Ekman, Heider, & Friesen, 1992). Peor aún, se ha observado que una misma emoción puede orquestar diversos patrones de cambios fisiológicos (Cacioppo, Bernston, Larson, Poehlman & Ito, 2000)<sup>16</sup>. Prinz propone una hipótesis para salir de sendos problemas. La primera es la tesis de la *combinación*, según la cual no se requeriría identificar más patrones específicos nuevos para emociones más complejas como la vergüenza, los celos, el orgullo, etc. Es posible que estas emociones y otras más, en tanto que cambios fisiológicos, resulten ser combinaciones de los patrones descubiertos para las emociones básicas (Prinz, 2004, pp. 92, 144-147). Para hacer frente a la segunda observación, propone la tesis de la *subsunción*, según la cual una emoción como el miedo referiría no a una sola emoción, sino a un racimo de emociones emparentadas (por su objeto formal) pero con sutiles diferencias en relación

al patrón de cambios corporales que cada una instancia (Prinz, 2004, p. 73; 2010, pp. 28-29).

## **II. Las emociones no son conciencia reflexiva**

La teoría de las valoraciones corporeizadas define las emociones como la percepción de los cambios fisiológicos, pero las emociones no involucran una conciencia reflexiva. No nos vuelven hacia nosotros mismos, sino hacia el mundo: las emociones son conciencia del mundo (Sartre, 1983). Prinz podría responder que, en tanto que valoraciones corporeizadas, los cambios fisiológicos que definen a las emociones no representan meramente el estado del cuerpo, representan algún aspecto del mundo. En un episodio de miedo, la percepción de los cambios fisiológicos no representa el estado del cuerpo —no nos vuelve hacia nosotros mismos—, representa alguna variedad de *peligro* en el entorno. El cuerpo mismo es un vehículo de representación del mundo.

## **III. Las valoraciones corporeizadas no son realmente intencionales**

Un rasgo crucial de la intencionalidad, además de su ser sobre algo, está en la forma en la que, precisamente, es sobre algo. Un estado intencional, simple y llanamente apunta o se dirige hacia aquello sobre lo que es. Lo que Prinz llama intencionalidad implica una cadena causal que comienza con la percepción de cierto evento, la cual da lugar a un conjunto de cambios fisiológicos que, en sí mismo, representa o es sobre un rasgo del entorno u objeto formal. Esto nos puede llevar a preguntar, ¿es en realidad intencionalidad lo que hay en las emociones en tanto que valoraciones corporeizadas? (Hatzimoysis, 2003a). Prinz podría insistir en que su caracterización de la intencionalidad de las emociones capta el rasgo esencial de aquélla; a saber, el ser sobre algo o dirigirse hacia algo, de las emociones. Lo que de hecho hace Prinz es caracterizar la noción de intencionalidad en términos de covariación. Para Prinz, algo es intencional, si detecta confiablemente aquello que representa y, además, existe para desempeñar esa *función* (Prinz, 2004, pp. 66-67)<sup>17</sup>. Prinz piensa que las emociones, como valoraciones corporeizadas, satisfacen estos requisitos y que, por lo tanto, son representaciones: que son intencionales<sup>18</sup>. Pero esto, para Hatzimoysis, no es intencionalidad auténtica. La intencionalidad auténtica es directa, no mediada. Mi percepción de nubes grises, es sobre nubes grises; no sobre los procesos químicos que

subyacen a la formación de nubes grises. En cambio, las emociones, en tanto que valoraciones corporeizadas, no son sobre la situación que las activa, sino sobre un rasgo —objeto formal— codificado en ella. Así, el miedo que sobreviene al percibir la presencia de una serpiente venenosa en nuestro camino, no es sobre la situación misma —sobre la serpiente—, sino sobre un rasgo codificado en ella: *peligro*. Esto equivale a decir que la percepción de nubes grises es intencional porque representa o es sobre los procesos químicos que, de hecho, las constituyen, lo que para Hatzimoysis no es el caso (Hatzimoysis, 2003a, pp. 109-110).

Quizás, lo único que se puede decir a favor de la propuesta de Prinz sobre este ex-pediente es que, si bien no logra recuperar la intencionalidad, como tal, para las emociones, sí logra articular una explicación aceptable del *carácter representacional* de las emociones. Quizás sea una verdad de hecho que las emociones no son intencionales —en el sentido de Hatzimoysis—, aunque esto no implica que no sean *representaciones* de cierto género.

## **IV. La racionalidad está en los juicios, no en las valoraciones corporeizadas**

Las emociones, en tanto que valoraciones corporeizadas —cambios fisiológicos—, no son racionales. Lo que es sensible de estimación racional son los juicios y razonamientos asociativos que causan algunas emociones. Esto es cierto. Propiamente hablando, las emociones —cambios fisiológicos— no son racionales. Hay casos de ellas que, una vez que se desencadenan, no hay normatividad alguna y/o control voluntario que las contenga. Lo que sí puede ser sometido a cierta normatividad y control es el mecanismo representacional por medio del cual se activa una emoción: juicio o razonamiento asociativo (Prinz, 2004, pp. 139-140).

## **V. ¿Qué espacio ocupa la racionalidad en la teoría de Prinz?**

En realidad, ¿qué tan racionales son las emociones desde el enfoque de las valoraciones corporeizadas? Bueno, muchas no lo son, y no sólo porque se activan en situaciones que no incluyen el objeto formal de la emoción en cuestión, sino porque, incluso en casos en los que sí está presente el objeto formal, no está bajo nuestro control identificar o juzgar la presencia de dicho objeto. De esto se concluye que sólo una parte de nuestros episodios emocionales pueden ser evaluados en términos de su racionalidad: aquellos en los que por



medio de un juicio o un razonamiento asociativo se identifica el objeto formal de la emoción y se desen-cadena la emoción.

Una ventaja explicativa que se puede adjudicar a la teoría de las valoraciones corporeizadas, a partir de las respuestas a las dos últimas observaciones, es que puede dar cuenta de un fenómeno tan frustrante como desconcertante de nuestra vida afectiva. Se trata del hecho de que, algunas veces, podemos modular o cambiar nuestras respuestas emocionales, mientras que en otros casos es prácticamente imposible. Según la propuesta de las valoraciones corporeizadas, esto se debe a que, en algunos casos, la activación de las emociones depende de nosotros: de la estimación racional que hagamos de una situación. En los casos en los que las emociones son recalitrantes, no está bajo nuestro control la evaluación racional de la situación. La evaluación la realiza de forma automática el organismo.

#### VI. *¿Puede hablarse de racionalidad sin control voluntario (Rc)?*

¿Son, entonces, irracionales las emociones que satisfacen (Rn), pero no (Rc)? Aunque Prinz no aborda, ni explícita ni implícitamente, esta cuestión, se podría sugerir que se las considere *cuasi-racionales*. Si bien su activación no está bajo nuestro control, eso no significa que no sean respuestas inteligentes por sí mismas. No puede dejar de ser una ventaja que una emoción satisfaga (Rn), aunque no satisfaga (Rc). No se puede decir lo mismo de casos en los que se satisface (Rc), pero no (Rn)<sup>19</sup>. El resultado no compensa que no se satisfaga un requisito de racionalidad (Rc).

#### 6. Conclusiones.

¿Qué tan satisfactoriamente responde la propuesta de las valoraciones corporeizadas al reto que le plantean la intencionalidad y la racionalidad? Si a este respecto se tiene como paradigma a las teorías evaluativas (sección 2), pueden esperarse evaluaciones bajas para la propuesta de las valoraciones corporeizadas, en tanto que teoría fisiológica. Se puede decir, sin temor a errar, que mientras que en las primeras las nociones de intencionalidad y racionalidad encajan con gracia y elegancia, en la última lo hacen de forma limitada y forzada. Las valoraciones corporeizadas parecen, en el mejor de los casos, involucrar carácter representacional, pero no intencionalidad. En cuanto a su racionalidad, ésta queda restringida sólo a

aquellos casos en los que son activadas —solventando RRE— por medio de un juicio o asociación adquirida racional. En muchos casos más, acaso se aspira a alguna forma de *cua-si-racionalidad*, por no decir de *racionalidad irracional*. Todo esto parece comportar que, en realidad, la teoría de las valoraciones corporeizadas no logra incorporar en su seno ni a la intencionalidad, ni a la racionalidad, tal y como son entendidas en las teorías evaluativas<sup>20</sup>. Pero esto no resta importancia al hecho de que la teoría de las valoraciones corporeizadas sí tiene una propuesta explicativa para el carácter representacional y la perspicacia de las emociones. Más aún, esto puede interpretarse como un desafío a las teorías evaluativas. La propuesta de las valoraciones corporeizadas invita a pensar que las emociones no son ni intencionales —como supone Hatzimoysis<sup>21</sup>— ni racionales, en sus sentidos tradicionales. En esta dirección, las aproximaciones neurofuncionales al estudio de las emociones (Damasio, 2006, 2005) parecen abonar más a la propuesta de Prinz, puesto que no asocian el carácter representacional de las emociones con la noción tradicional de intencionalidad, sino con un complejo procesamiento de información que involucra a la corteza cerebral y al sistema límbico. En cuanto a la racionalidad, los mismos estudios neurofuncionales (Damasio, 2006) han mostrado que las emociones, no sólo son perspicaces o inteligentes a su modo, sino que son esenciales para la racionalidad —elección y toma de decisiones— en general, *aun concediendo que no son más que patrones de cambios neurofisiológicos*.

La permuta de intencionalidad por carácter representacional, y de racionalidad por perspicacia involuntaria, implicada en la teoría de las valoraciones corporeizadas, dejará in-satisfechos a muchos<sup>22</sup>. La posibilidad del manejo consciente e inteligente de las emociones, tal y como lo vislumbraron figuras como Aristóteles y Sartre, se ve severamente limitada con esta alteración. Después de todo, desde el enfoque fisiológico de las valoraciones corporeizadas, la mayoría de las emociones —las que se activan compulsivamente por una percepción o un condicionamiento adquirido— serán inteligentes —cuasi-racionales— independientemente de nosotros; o serán un fastidio sin que haya nada que podamos hacer. Sin embargo, las valoraciones corporeizadas pueden proporcionar un punto de inflexión, a partir del cual se presenta la posibilidad de revisar nuestras asunciones acerca

de cómo las emociones influyen en la forma en la que pensamos y representamos el mundo, y en lo que pensamos que es la racionalidad.

## Referencias

- Aristóteles. (2010). *Retórica*. México: UNAM.
- Caciopo, J., Bernston, G., Larson, J., Poehlmann, K., & Ito (2000). The psychophysiology of emotion. En M. Lewis & J. Haviland-Jones (Eds.), *The handbook of emotions* (pp.180-195). New York: Guilford Press.
- Chalmers, D. (1999) . *La mente consciente: en busca de una teoría fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Churchland, P. (1981). Eliminative materialism and the propositional attitudes. *Journal of Philosophy*, 78(2), 67-90.
- Crane, T. (2008). *La mente mecánica: Introducción filosófica a mentes, máquinas y representación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cummings, R. (1989). *Meaning and mental representation*. Cambridge, Mass.: M.I.T. Press.
- Damasio, A. (2006). *El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica.
- Damasio, A. (2005). *En busca de Spinoza: neurobiología de la emoción y de los sentimientos*. Barcelona: Crítica
- Davies, M. (2004). The philosophy of mind. En A. Grayling (Ed.), *Philosophy 1: a guide through the subject*. New York: Oxford University Press.
- Dretske, F. (1981). *Knowledge and the flow of information*. Cambridge: M.I.T. Press.
- Grayling, A. C. (Ed.). (2004). *Philosophy 1: a guide through the subject*. New York: Oxford University Press.
- Greenspan, P. (2004). Practical reasoning and emotion. En A. Mele & P. Rawling (Eds.), *The Oxford handbook of rationality*. Londres: Oxford University Press.
- Griffiths, P. (1997). *What emotions really are: The problem of psychological categories*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hatzimoysis, A. (Ed.). (2003). *Philosophy and the emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Hatzimoysis, A. (2003a). Emotional feelings and intentionalism. En A. Hatzimoysis (Ed.), *Philosophy and the emotions*. New York: Cambridge University Press.
- James, W. (1984). ¿Qué es una Emoción? En R. Solomon & Ch. Calhoun (Eds.), *¿Qué es una emoción?: Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levenson, R., Ekman, P., Heider, K. & Friesen, W. (1992). Emotion and Autonomic Nervous System Activity in the Minangkabau of West Sumatra. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62(6), 972-988.
- Lewis, M. & Haviland-Jones, J. (Eds.). (1993). *The handbook of emotions*. New York: Guilford Press.
- Lewis, M. & Haviland-Jones, J. (Eds.). (2000). *The handbook of emotions*. New York: Guilford Press.
- Mele, A. & Rawling, P. (2004). *The Oxford handbook of rationality*. Londres: Oxford University Press.
- Nussbaum, M. (1994). *The therapy of desire: Theory and practice in Hellenistic ethics*. New Jersey: Princeton University Press.
- Öhman, A. (1993). Fear and Anxiety as Emotional Phenomena: Clinical Phenomenology, Evolutionary Perspectives, and Information Processing. En M. Lewis & J. Haviland-Jones (Eds.), *The handbook of emotions*. New York: Guilford Press.
- Prinz, J. (2003a). Embodied emotions. En R. Solomon (Ed.), *Thinking about feeling: Contemporary philosophers on emotion*. Oxford: Oxford University Press.
- Prinz, J. (2003b). Emotion, psychosemantics, and embodied appraisals. En A. Hatzimoysis (Ed.), *Philosophy and the emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Prinz, J. (2004). *Gut reactions: A perceptual theory of emotion*. New York: Oxford University Press.
- Prinz, J. (2010). ¿Cuáles son las emociones básicas? *Cuadernos de Crítica UNAM-III*, 55.
- Rosenberg, A. (2011). *The atheist's guide to reality: enjoying life without illusions*. New York: Norton.
- Sartre, J. P. (1983). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza.
- Solomon, R. (1980). Emotions and choice: Appendix. En R. Solomon (2003a). *Not passion's slave*. New York: O.U.P.
- Solomon, R. (Ed.). (2003). *Thinking about feeling: Contemporary philosophers on emotion*. Oxford: Oxford University Press.
- Solomon, R. (2003a). *Not passion's slave*. New York: O.U.P.
- Solomon, R. (2007). *Ética emocional: una teoría de los sentimientos*. Barcelona: Paidós.
- Solomon, R. & Calhoun, Ch. (Eds.). (1984). *¿Qué es una emoción?: Lecturas clásicas de psicología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica.

## Notas

- <sup>1</sup> Chalmers (1996, capítulo 1) elabora una taxonomía de estados mentales en la que identifica tres tipos. (1) Los paradigmáticamente intencionales; (2) los paradigmáticamente fenoménicos; y (3) los mixtos, que exhiben intencionalidad y fenomenología.
- <sup>2</sup> Nussbaum (1994) argumenta que, en la filosofía helenística, era común vincular las emociones con juicios y, por lo tanto, con la conducta racional. Griffiths (1997) y Prinz (2004) identifican teorías, tanto filosóficas como psicológicas, que siguen la misma ruta.
- <sup>3</sup> Véase Aristóteles, *Retórica*, 1378a.
- <sup>4</sup> Patricia Greenspan (2004) presenta un mapa más detallado de las características de las teorías evaluativas y de sus representantes. Paul Griffiths (1997, capítulo 2) plantea interesantes críticas a este tipo de teorías.
- <sup>5</sup> William James (1884) y Carl Lange fueron los pioneros de este tipo de teorías.
- <sup>6</sup> Jesse Prinz (2004, 2003a) compendia prolijamente argumentos y evidencia empírica que apoyan este tipo de teorías.
- <sup>7</sup> El materialismo eliminativo (Churchland, 1981) cuestiona la existencia de la intencionalidad de lo mental. Solomon (1980) reconoce que la apelación a la intencionalidad por parte de las teorías evaluativas debe tener presente este problema, aunque no lo considera demasiado serio.
- <sup>8</sup> Podría decirse que, al menos, existe cierta normatividad subyacente a todas las emociones que podría expresarse mediante la máxima general: deben presentarse o activarse o experimentarse cuando haya un objeto apropiado. Así, el miedo que sobreviene al ver un objeto oscuro enroscado en un rincón, será apropiado si se trata de una serpiente venenosa, no si se trata de un cable viejo.
- <sup>9</sup> Cf. Dretske (1981) y Cummings (1989).
- <sup>10</sup> Prinz llama temas relacionales a las propiedades que representan las emociones. En este escrito se hablará de objetos formales, con la finalidad de unificar la terminología. Más sobre los objetos formales de las emociones en el siguiente apartado.
- <sup>11</sup> El trabajo de Öhman (1993) ofrece evidencia a favor del enfoque de activadores innatos y de la noción de calibración de las carpetas que almacenan dichos activadores. Ohman muestra que, mientras es muy sencillo lograr que un macaco desarrolle una respuesta de miedo ante la presencia de serpientes, arañas y precipicios, se requiere de un largo condicionamiento para que lleguen a temer a cosas como flores, hongos o figuras geométricas. Inversamente, mientras que unos días eliminan los miedos adquiridos (condicionados) a flores, hongos y figuras geométricas, los miedos a serpientes, arañas y precipicios persisten a lo largo de la vida. Estos hallazgos sugieren, en primer lugar, que es plausible la tesis de que existen elementos innatos almacenados en las carpetas de activadores de emociones (son aquellos a los que se reacciona con mayor facilidad y que es muy complicado eliminar). Por otro lado, abonan a la hipótesis del sistema de calibración (actualización) de la carpeta de activadores emocionales mediante la asociación o condicionamiento.
- <sup>12</sup> Debe notarse que, en muchos casos, la agregación de elementos a las carpetas de activadores de emociones mediante juicios y valoraciones, requieren del mecanismo de asociación de rasgos de la situación, con experiencias afectivas agradables o desagradables. Así, para extraer el rasgo de peligrosidad implicado en la creencia 'ganará las elecciones un candidato con tendencias fascistas', de antemano, tendríamos que haber asociado a un gobernante con tal característica (fascismo), con la medida en que pone en riesgo valores civiles y políticos como la libertad, la justicia y la igualdad.
- <sup>13</sup> Prinz no desarrolla RRE, ni utiliza esta terminología. Los proponemos en un intento de exponer de modo más esquemático sus ideas.
- <sup>14</sup> El caso del miedo a las habitaciones amarillas y las fobias ejemplifican este tipo de emociones, en las que no se puede hablar de una evaluación racional deliberada.
- <sup>15</sup> Algo muy distinto sucedería si Juan teme ponerse sus zapatos después de una experiencia en la que un escorpión oculto en su zapato lo inoculó.
- <sup>16</sup> Por ejemplo, algunas veces el miedo paraliza, en otras nos impulsa a huir y en otras a pelear.
- <sup>17</sup> En este sentido, los anillos de un árbol no representan la edad del árbol. Fortuitamente cada anillo corresponde o detecta cada año de vida del árbol, pero la función de los anillos no es indicar cada año de vida del árbol.
- <sup>18</sup> Se reconoce (Crane, 2008 y Davies, 2004) como una estrategia estándar en filosofía la de especificar la intencionalidad en términos de co-variación.
- <sup>19</sup> Como cuando alguien juzga que no hay peligro —se satisface (Rc)—, mientras que, en realidad, sí lo hay —no se satisface (Rn). Un juicio en el sentido contrario activaría la emoción del miedo y prepararía al individuo para escapar o luchar.
- <sup>20</sup> *Supra*, sección 1.
- <sup>21</sup> Después de todo, quizás nada lo sea. Quizás no exista algo como la intencionalidad (Rosenberg, 2011, cap. 8).
- <sup>22</sup> Esta insatisfacción quizás se deba más a cuestiones de preferencias filosóficas que a escrúpulos metodológicos o argumentales. Habrá quienes simplemente se resistirán a abandonar la idea de que las emociones involucran intencionalidad y racionalidad en los sentidos tradicionales. En todo caso, habría que ofrecer razones y evidencia adicionales para sustentar esta posición, en contra de lo que sostiene la teoría de las valoraciones corporeizadas. Lo que es cierto, es que resulta metodológicamente inapropiado desarrollar teorías para que cuadren con nuestras intuiciones, expectativas o deseos. En este sentido, uno se inclinaría a pensar que algunas teorías evaluativas tuvieron como objetivo defender a toda costa la intencionalidad y racionalidad de las emociones. Remítase, por ejemplo, a Sartre (1983) y Solomon (2007).